
El examen oral, una conversación ilustrada

Juan Carlos Crespo

Algunos años, décadas atrás, cuando en los colegios particulares los estudiantes de secundaria rendían exámenes finales de sus respectivos cursos, lo hacían ante un jurado presidido por un profesor designado por el Ministerio de Educación. Se seleccionaba, mediante balotario, los temas de la prueba escrita y esta era corregida de inmediato. Enseguida se daba a conocer la lista de los aprobados, teniendo en cuenta la nota obtenida y el promedio anual alcanzado. Los desaprobados, quienes no obtuvieron 10.5 en aquel promedio, pasaban acto seguido a rendir una última prueba, “el oral”. Desde estos lejanos antecedentes, el examen oral en nuestro medio quedaba revestido de mala imagen y hasta de un cierto carácter punitivo.

En aquellos años, los exámenes de ingreso a nuestra universidad eran muy diferentes a los de hoy. En efecto, utilizo el plural porque en cada nuevo verano se rendían estas pruebas, tres escritas en cuadernillos y agrupadas por materias afines, y una oral ante un jurado, situada al final de un recorrido de varios días. En mi caso como en el de muchos, allí comenzó toda una manera nueva e interesante de enfocar una prueba oral, convertida de pronto en diálogo inteligente y no solo memorístico, con un jurado de académicos de primerísimo nivel. Recuerdo bien, a pesar de los años transcurridos, a quienes en mi caso integraban ese jurado: el doctor Onorio Ferrero y el Padre Gerardo Alarco, emblemáticos profesores de la PUCP en las áreas de Historia y de Filosofía, maestros y amigos de los estudiantes, personas de elevada calidad humana y académica. Sometidos a su riguroso criterio, con este examen terminaban las pruebas de ingreso y los postulantes quedaban a la espera de los resultados.

Luego, ya en la antigua Facultad de Letras, y en la también antigua Sección Doctoral de Historia, vimos con alguna frecuencia cómo algunos profesores recurrían a los exámenes orales, señalando que este procedimiento, profesor y estudiante cara a cara, permitía conocer más al alumno y evaluar sus avances con mayor equidad.

Mucho peso tiene esta pequeña historia en la larga experiencia docente desarrollada en la PUCP, principalmente en los Estudios Generales Letras y sobre todo en el curso denominado antes Historia Universal I, hoy Historia del Mundo Antiguo y Medieval. El gran reto siempre fue alcanzar a demostrar, incluso con la historia antigua, que la Historia no solo es conocer el pasado, sino que constituye también herramienta indispensable para nuestra correcta ubicación en la realidad actual y para proyectar con fundadas esperanzas un futuro más cercano a nuestras expectativas. Una historia que debía combinar armoniosamente las clases expositivas con las dialogadas, que debía nutrirse de información sin olvidar que no existe la historia sin la interpretación del historiador, que debía apoyarse por igual en el trabajo desarrollado en el aula y en familiarizarse con otras opiniones a través de la bibliografía recomendada. Así, en medio de todas estas consideraciones y para intentar lograr tan altos objetivos en esta pedagogía de la Historia, se introdujo desde hace muchos años la idea de los exámenes finales orales, que han cumplido un rol satisfactorio en la experiencia personal de quien esto escribe.

Algunos dicen que en los exámenes orales se trabaja intensamente los días señalados para él, pero que enseguida viene la enorme ventaja de no llevarse ningún cuadernillo a casa para corregir. Es cierto, pero en esto no radica su utilidad formativa. Decidir la presencia de un examen final oral no es un hecho aislado de la planificación global del curso y de su ejecución a lo largo de un semestre académico. La evaluación la tenemos que pensar desde antes del inicio de las clases, y tiene que alcanzar perfecta correspondencia con el día a día del propio curso y con sus objetivos. Siendo así, la presencia del examen oral debe ajustarse a la naturaleza del trabajo desarrollado entre profesores y estudiantes. Por ello, la prueba misma requiere de una reflexión previa sobre la marcha del curso en general y sobre el desempeño de los estudiantes en particular, reconociendo que al momento de evaluar intervienen criterios muy amplios y dispares vinculados, por un lado, al promedio hasta entonces alcanzado por los estudiantes,

al dominio de los temas y de la disciplina, y también al conocimiento que tenga el profesor respecto del alumno a través de su puntualidad, asistencia y participación en clase en la continuidad de todo el semestre. Se hace evidente que quienes han demostrado una cercanía mayor al curso y a sus objetivos serán evaluados mejor y a plenitud con lo que hemos llamado una “conversación ilustrada”, profesor y estudiante prácticamente de par a par, y que quienes llegan al examen final en condición un tanto disminuida requerirán de un examen más puntual e inquisitivo. No es lo mismo -claro está- llegar al final del curso con solvencia acumulada que sin ella.

La evaluación en nuestros cursos tiene que hacer los esfuerzos que resulten necesarios para eliminar los factores sorpresa, lo que vale tanto en el lado de los contenidos a evaluar como en aquel otro lado de las formas de evaluar. Los estudiantes conocen desde el primer día de clase la naturaleza del examen final oral. Es preciso saber, y saber argumentar, exponer con coherencia, distinguir lo fundamental de lo accesorio, integrar lo aprendido a los saberes previos, tener un manejo suficiente de los criterios con que la disciplina articula y prioriza sus contenidos. Frente al profesor, habrá estudiantes para quienes este trance sea llevadero, y los habrá también quienes lleguen al final sin el aplomo y la seguridad de los que dedicaron una cuidadosa y responsable atención. El resultado final no puede dejar la impresión de que en la prueba oral interviene en demasía el azar y la “brillante improvisación”, sino más bien la certeza de haber sido evaluado con criterios claros previamente conocidos por el universo de personas concernidas en el curso. A lo largo del semestre, en diversas oportunidades lo reiteramos. A veces no me creen cuando les digo que el examen oral será una “conversación ilustrada”. El problema radica en que muchas veces los estudiantes que ingresan a la universidad tienen una imagen muy tradicional de la historia, que reposa más en la memoria que en el entendimiento y en la comprensión, reforzado esto constantemente a lo largo de su formación anterior. Aquí, en cambio, se les dice que la información es un insumo para pensar históricamente y que no es la Historia misma.

Cuando el estudiante se dispone a rendir su prueba individual final oral, el profesor cuenta con elementos de información muy valiosos respecto del trabajo realizado. Antes de iniciar aquella “conversación ilustrada”, el profesor ha podido reunir sus anteriores evaluaciones, lo que se compone de una prueba escrita y de los controles de lectura sobre textos que unas veces reafirman lo conversado en clase y otras amplían contenidos y visiones diferentes. Lo más importante se conoce personalmente al estudiante, salvo el caso de uno que otro que por diversos motivos resulta presentándose al profesor el día del examen final. La conversación fluye a lo largo de 15 minutos, que inicialmente parecen mucho tiempo y después todo lo contrario. Los temas son sugeridos tanto por el profesor como por el estudiante, en razón de que el diálogo gira en torno de temas que se articulan a lo largo del curso, y no de preguntas que se desprenden de la rigidez de un balotario resumen de conocimientos. En este último caso, resulta interesante decir que el diálogo se enriquece muchísimo, porque el profesor puede llegar a niveles de análisis más exigentes. De este modo y atendiendo a que la evaluación es un recurso pedagógico más al servicio del proceso de enseñanza aprendizaje, se termina insistiendo en los puntos centrales que acreditan a la historia en el concierto de las ciencias sociales, en la información-interpretación, en la historia como conocimiento resultante del trabajo con las “fuentes”, en algunos conceptos claves para la historia como la idea de “proceso”, el problema de las distintas duraciones, los cambios en la historia y las continuidades, la construcción colectiva de experiencias del hombre sobre la tierra en contacto directo con determinados medios geográficos y ambientales.